

EL GRAN BVFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Muñoz de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



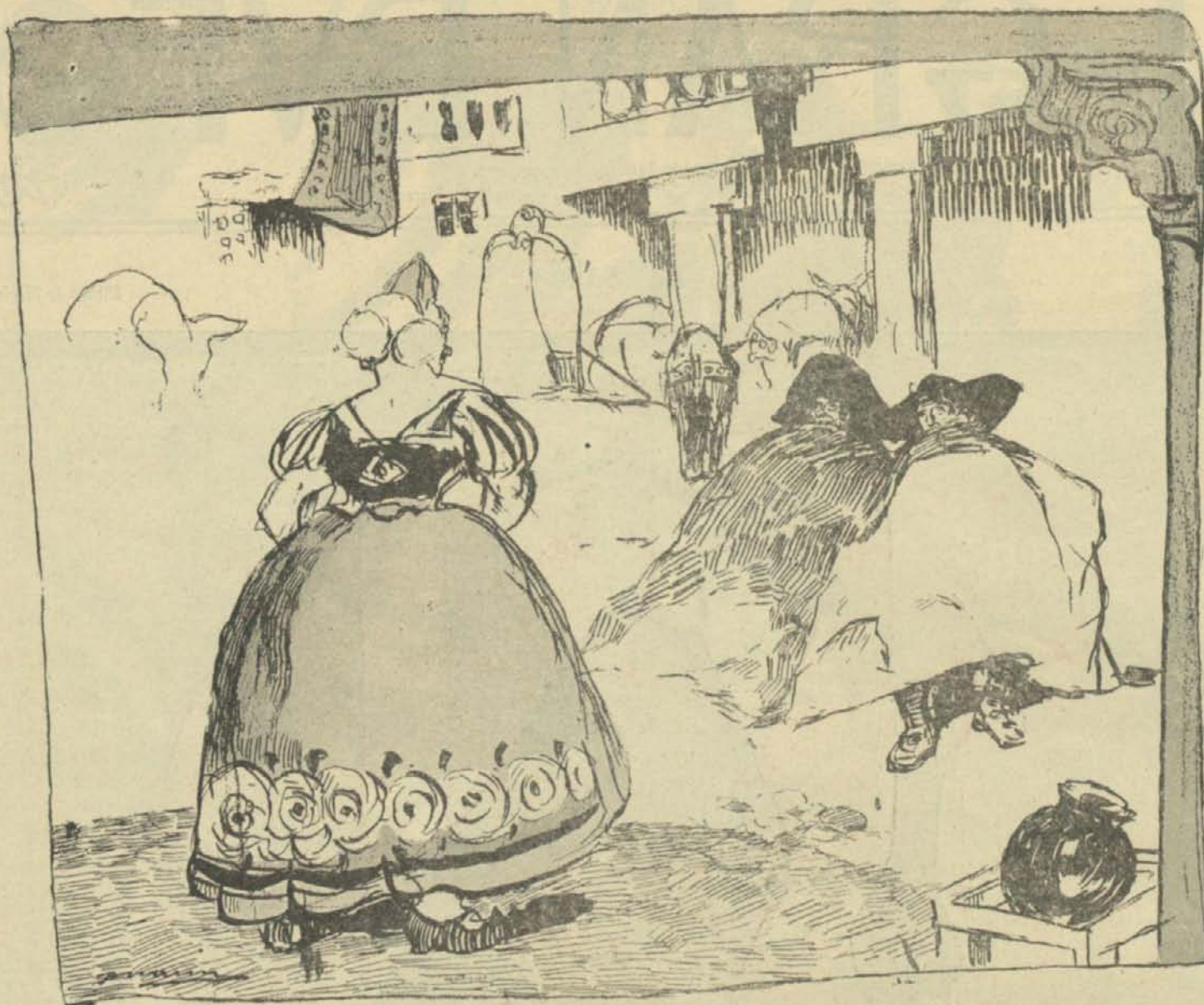
La salida.

Dibujo de Marín.



Ella: —Tan abrigadita. La capa todo lo ta pa.
El: — ¡Qué lástima!

20 céntimos.



La capa del rufián.

No sabré deciros fijamente dónde nació mi capa, si en las famosas pañerías de Béjar, en las hidalgas y rancias de Segovia, ó en aquellas otras que á orillas del *Darro* tejieron finísimos indumentos para la más encoquetada grandeza. Lo que sí sé es que la tal vino á menos al dar sobre estos hombros. Y ello, no lo digo por tenerme en poco.

En esta misma posada en que agora nos hace Dios la merced de congregarnos, la heredé. Al doblar esa esquina que da á la calle de los Muertos. Juntamente á los pies del Cristo.

Tengan paciencia, que dirélo muy sobre la marcha.

Cosa de quince días contábanse desde que por mor de la desaprensión de mi ánimo y soltura de mis piernas veíame libre del servicio del Rey en las señoras gurapas, venía desde Cádiz á la Corte y quise hacer aquí descanso, que había de ser último hasta entrar en ella. Era en los finales del Octubre, y el aliento destas sierras deíábase advertir más que conviene, á quien como yo no traía sobre sí más de la mala y ligera ropa que da el Rey á los forzados para que reinen con más soltura.

En la cuadra desta posada cedióme el huésped un rincón. Ni aun quedábame el consuelo de salir al garito de los arrieros, porque como era pájaro escapado á la justicia todos de conocerme habían fuerza sobre mí.

Pues sepan que una noche, cuando de retorno venía siento ahí, en la calleja que antes

dije, ruido de espadas, y por el chascar de los aceros podíase colegir que la pelea era recia y los brazos eran fornidos.

Eché hacia otra calle, que fuera del oficio y cuando no voy á mi negocio soy hombre de paz.

Mas he aquí que tópose con la ronda del alcalde, que es para mí la más peligrosa, porque los más de sus corchetes han empujado la gabia conmigo, por lo cual conóceme como á hermano, y hube de entrarme en un zaguán que por acaso hallé abierto. Así como pasaron proseguí el camino de aquí, y al pasar ante el Cristo halléme esta capa, que sin duda uno de los combatientes dejó abandonada al advertir la proximidad de la gente negra.

Ya sabéis su historia; ni averigüé quién fuera su dueño ni las causas que á refirir le obligaban con tan grande riesgo de irsele el ánima en la pelea.

La capa veis que es flamante; la quiero y la cuido más que á las niñas de mis ojos. Ella es la mejor herramienta de mi oficio. Cúbreme más que la persona las enmiendas y faltas de la ropilla, y con la tal capa, los zapatos, el chambergó y la mitad de las calzas para abajo (que también son nuevas), vivo y triunfo como un cardenal.

Embózome, y al través del lozano paño nadie advierte que va encubriendo unos harapillos que quieren ser jubón ó coleteo, unos gregüescos acuchillados en carne, sin botones la trampa, aunque con una soga de esparto que sirve y cumple también como pretina.

Deste modo á todas partes me llego, y de

todas no me echan en cuanto me ven, sino en cuanto me conocen.

Digo los mandamientos de aquel cofrade del buscón D. Pablo: prevenidas llevo en la faltriquera unas migajas de pan, que en dando las doce échome el embozo y la valona, porque me crean hartó, ni al entrar en la iglesia me *desencapo*, y si ello es preciso, quedome fuera aun á sabiendas de que ofendo á Dios.

Entre la gente nuestra, la capa vale por tapete del púlpito cuando se reza el libro de los cuatro reyes; por paño de altar cuando hay oficio divino, con amor Nuestro Señor de Manifiesto, por abrigo y reparo en el lecho cuando luego de haber paseado las acostumbadas, muy servidas, por la penca del ministro azotador, se ha menester sudar los azotes, porque no críen sarna.

Otros mil empleos tiene el socorrido manto, como es ocultar de momento las cajas que se corren á los pasteleros, las bolsas que se hurtan á los bobalicones y las espadas que se quitan á los corchetes. Esta mía tiene bolsillos, y es cada uno zahurda - almacén del arte, en la que llevo naipes, hilos, aguja y demás cosillas útiles y de poco peso que no han de faltarles á quienes tan azarosos corren por la vida.

Esta es mi capa; ved si tenéis zurcido que echarla. Y si no bebamos á la salud de todos, y que Dios nos guarde de alguaciles y escribanos y á vosotros de mí...

Diego San José.

Dibujos de Marín.

La capa de Flandes.

Dibujo de Marín.

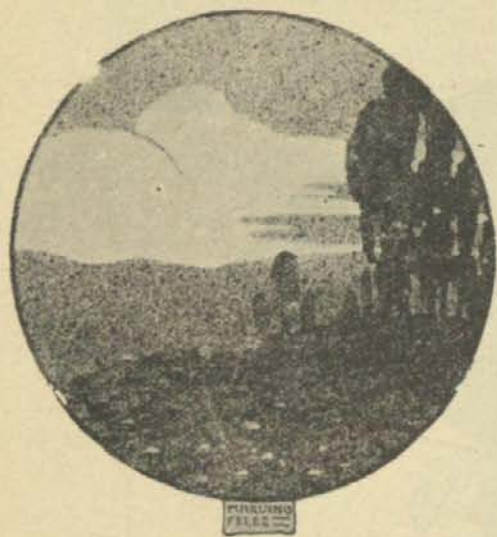


Le vieron los gantesez cruzar por las sombrías
callejas de la altiva ciudad, en la argentada
cintilla del chambergo llevando sujeta
la pluma como un sueño de locas fantasías.

Y á su crujiente paso las muertas celosías
rompieron su clausura por ver la alborotada
negrez de su melena, y oír su vieja espada
chocar sobre los muros con recias armonías.

Bajo su luenga capa fué siempre dadivoso
en prendas y decires, y en honra codicioso;
y en Breda guerreando lo mismo que en Pavia,
como un florén de orgullo que ingente el pecho cruza,
bordada sobre el tosco pretal de su gamuza
llevó como ninguno la cruz de la hidalguía.

Gabriel Durenzo.



La capa bohemia.



El primer caballero que se terció esta capa para andar de aventuras y amoríos fué el gran Villón, el padre de la lírica francesa. Y el glorioso tabardo sufrió el rigor de todas las ventiscas y la lluvia de todos los inviernos, y se ungió de ideal errante bajo el plenilunio, en la Corte de los Milagros, tejiendo besos y rimas con la ramera ardiente y propicia de quien decía el poeta que era su *Rayo de luz*. La capa de Villón, como la capa de Mañara sabe de madrigales y caricias en las encrucijadas del viejo París.

Ha visto cómo se desnudaban los aceros, cabrilleando en la sombra, bajo la plata mis-

tica de las estrellas, buscando bravamente el corazón por el encanto de un soneto.

La capa de Villón paseó por los salones de los obispos, y de entre sus remiendos y corcusidos surgió la mano exangüe del bohemio para tomar la limosna de doce sueldos por una loa á *Notre Dame*, y los labios que mordieron los labios de las rameras besaban unciosamente la amatista episcopal. Y la capa ungida de poesía y de dolor rodó una mañana por las escalerillas del patíbulo. Porque habéis de saber que el primer poeta de la bohemia estuvo á punto de ser ahorcado por ladrón.

He aquí nuestra gloriosa ejecutoria: una capa raída, la cuerda del ahorcado y una boca lasciva de ramera, como flor ponzoñosa de lujuria. Sin embargo muchos académicos han metido la garra en el tesoro de Villón, sin peligro de cuerda. ¡Nefandos viceversas de la casualidad!

La capa bohemia, posteriormente, ha envuelto á muchos desgraciados superiores. Fué la fiel camarada de Edgardo Poe, aquella alma rara que oía voces del cielo, de la tierra y también del infierno, y le sirvió de sudario en su última y trágica borrachera, en las calles de Baltimore. Baudelaire, el solitario, hizo de su capa, torre de marfil, que le aislaba del vulgo de malos poetas, de periodistas hueros y vanidosos, de cretinos equilibrados. La capa de Verlaine rodó por las tabernas y por los hospitales, y aquella capa de mendigo es ahora venerada como la bandera de la Francia espiritual.

¡Capa de la bohemia! Tú, que has cubierto tantas horribles tragicomedias, que has sido tan calumniada por los tontos de todos los tiempos, de todos los países. Tú, que has paseado tantos sueños y tantas hambres, bajo la luna, en las noches sin casa, que conoces las lágrimas de tantas crueldades, de tantas injusticias, que has visto el horror de las ta-

bernas cuando todos están borrachos y entonan los lúgubres salmos del *delirium tremens* mientras en los espacios gira el anillo de Saturno, nuestro fatídico padrino.

La capa bohemia supo las gallardías de Espronceda, en su buena época romántica, antes de destrozar su leyenda con aquel fermentido discurso sobre las lanas... Pelayo del Castillo, Eduardo del Palacio, Manuel Paso, Pedro Barrantes, sabían del encanto de la capa bohemia que entre nosotros tiene también el desgaire de la capa manolesca.

Y ¡Alejandro Sawa...!

Glorioso emperador de la bohemia, del gesto amplio y magnífico como Hugo, ciego como Milton, altivo suntuario como un dios, con la cabeza en las nubes y el corazón en la hoguera del amor y del dolor de la Humanidad. En Alejandro Sawa la capa bohemia era manto pluvial, capa pontifical, manto de púrpura, clámide y aureola. Alejandro fué la suprema consagración de la capa bohemia.

La capa de la bohemia es la aristocracia incomprensiva de los vulgos, y nunca como ahora, en este momento, es anacrónica y absurda. Es el gesto bravío ante la mueca horrible de la miseria, el rictus de desdén ante los artículos de fondo y demás cosas sin alas, sin gracia, sin espíritu.

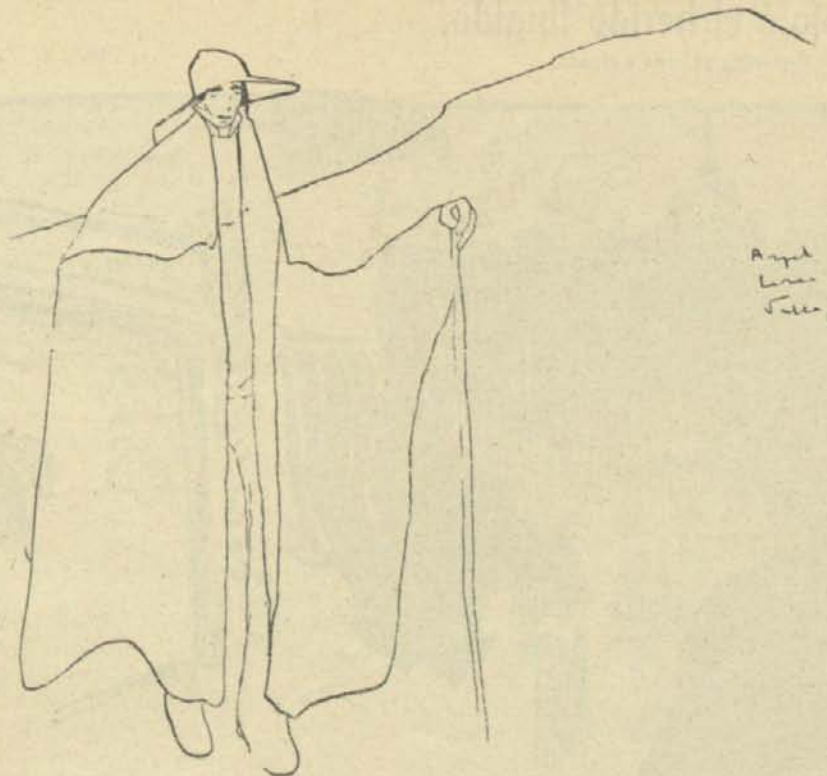
La capa bohemia se burla de los libros de caja, de la mentalidad del tendero, de la sensibilidad chirle de los malos poetas. La capa bohemia, sobre todo la prosa, sobre todo el horror de las horas vulgares, es el pájaro azul.

Es la bella locura, el ideal. Ved de cuál gentilísimo linaje aristocrático es el manteo con que cubre su clorosis y sus espaldas desnudas la señorita Bohemia.

Emilio Carrère.



Viernes Santo. - Las capas de los Apóstoles.



La capa parda.

Las bien amadas tierras de Castilla!... Invierno.

Cuando en torno á la lumbre de sarmientos la vieja casera—tan reciamente envuelta en refajos; tan ceñida su cintura por el justillo; tan sentadas las cocas del pelo gris bajo el pañuelo de algodón anudado en la barbilla—la vieja casera digo, hierve torreznos para las migas—rojas—y el humo culota los pernils y repiquetea en los cantos del zaguán los zapatos húmedos, y de la cuadra llegan un vaho tibio y los secos golpes de las herraduras y algún relincho vibrante.

Y hay un olor á pan caliente y á espliego y á frío...

Entonces.

Entonces llega el lucir de la capa parda. La rígida capa parda de paño de Béjar, de paño de Segovia, de paño zamorano.

Es una capa solemne y litúrgica que no se ajusta al cuerpo que cubre; que llega al suelo. Sus vuelos rígidos se mellan en cada paso con el tacón de los zapatos. Es como un gran fanal, que deja libre la cabeza del viejo castellano. Y en torno del cuello, áspero y grietoso, la gran esclavina ribeteada de cinta negra. Una esclavina lacia, inmóvil, como el faldellín de un crucifijo lugareño.

Y esta capa es algo solemne, tardicional, rancio y grave como Castilla misma.

Es una capa que, como las parcelas, ha pasado de generación á generación, bien doblada y bien respetada, en el fondo de un arcón de roble alcanforado. Es el típico fondo del baúl. Es una ejecutoria en esta bien amada tierra de Castilla.

Y para ella guardan las gentes los respetos mayores. Porque en la vieja tierra que ha dejado pasar el tiempo sobre un sueño de tres siglos, cubren los vuelos de la capa parda á los hombres que han dejado años atrás su juventud. Los copos de nieve caen en los jóvenes, sobre bustos recios en mangas de camisa. En esta tierra de Castilla—bien amada—aún mandan los patriarcas. Y la capa parda es el hábito del patriarcado.

No hay juventud en tierras de Castilla. Y al contrario que en el resto del mundo ya conquistado por los pocos años ved que por

los feudos de Segovia, de Avila, de Zamora, la única aspiración de la juventud es envejecer. Y por eso la juventud puebla los Seminarios. Porque el curato es una renunciación de la juventud y un anticipo de la vejez. Y sus capas negras son también parduzcas pronto.

Y los mozos con la frentes sobre la tierra, y las mozas sin otra misión ni otro horizonte

que el cernido de las eras en verano y el cuidado de la lumbre en el invierno, van tomando de la tierra la aridez, la adustez, las arrugas y el color. Abrasados de nieve en el invierno y de sol en el verano.

En el embozo sin embozo de la capa parda hunden los rostros los viejos en torno al hogar, en el atrio de la parroquia, en la sesión del Ayuntamiento, en el banco de piedra de la Plaza Mayor, á la puerta de la abacería de la calle Real.

Parda es la capa como la legendaria gramática de su uso. Parda es la capa como el mar de tierra en que sus vidas nacieron, ya naufragos de la vida.

Y bajo la capa parda cruzan sus cuerpos por las callejas retorcidas del lugar en todas las ocasiones solemnes de su vida: para las bodas, para las procesiones, para los entierros, para la recepción del señor diputado.

Y luego vuelve la capa parda al fondo del arca de roble. Y cuando un viejo muere, acompaña la capa de por vida al viejo sucesor, y da una vuelta más en el arca de roble, cuyos cerrojos han descrito seis generaciones.

Y así...

Muere el viejo labriego castellano y va su cuerpo al camposanto—ocre—tan lleno de abandono. El viejo camposanto lugareño. Sin flores y sin cruces y sin mármoles. El viejo camposanto de tierra parda como la de los trigos.

La tierra, parda como el paño de Béjar! Es la última capa parda que cubre á todos los viejos del pueblecillo. Los viejos de las capas pardas como la tierra.

La bien amada tierra de Castilla...

Ceferino R. Hucilla.
Dibujo de Cerezo Vallejo



A la puerta de la Iglesia. La capa que no tapa nada...

Dibujo de Marín.

El rapto ó el herido fingido.

Historieta de capa y espada.

Dibujo de Marín.



I. Por defender vuestra honra diera mi vida, Doña Sol. - II. ¡Defendeos! - III. ¡El Señor me valga! - IV. Ella: ¡Ay, que han matado á mi amor!
V. El herido fingido: ¡Amordazadla bien que no escandalice!

(De la Época "Caballeresca".)

La capa del Cruzado. Pura sangre.

El órgano cantaba una melodía de *El Trovador* evocando noches del Real, espléndidas de luz, joyas y carne pecadora.

En el centro de la iglesia, en sus sitiales nobles y patinados, la uniformada albura de los caballeros investidos evocaba tradición é hidalgufas. Hubo tiempo en que hombres fuertes y aventureros, elegantes y religiosos, envolvían su estirpe en el manto gallardo, y alzando la espada hasta su frente, como en elevación eucarística, juraban por la cruz de la empuñadura verter sangre de infieles para enaltecimiento de la fe. La cruz de sangre pura sobre la albura de la capa era el timbre ideal, Lidalgo y bello que imponía á los caballeros la norma de su vida.

Era el alma así, limpia y gallarda, era el gesto así, sencillo y elegante, la marcha airosa, como convenía á la gentileza del manto, y la actitud, en todo instante, noble—porque no había un solo momento en que la capa desmintiera por los plegados y revuelos su nobiliaria condición.

Y sobre el corazón la cruz de sangre, sangre de juventud conquistadora y ardorosa, sangre de corazones vírgenes conquistados, sangre de guerra y sacrificio.

La duquesa del Hontanar, marquesa de las Pedrizas y Hornachuelos, marquesa del Castellar y de Araceli, vizcondesa de Rohan, vizcondesa de Espinosa de los Monteros y baronesa del Verjel de los Montes, habíase quedado contemplando á su hijo, alto, erguido, fino y gentil, que á los pies del altar separado aún, como novicio, de los caballeros investidos, esperaba con la altivez de sus cuatro cuarteles limpios la caballeresca consagración.

El órgano melodiaba un aire de *Favorita*. Era lírico, insinuante y soñador... De rodillas en el reclinatorio de terciopelo la marquesa del Castellar y de Araceli, dejó caer la frente sobre las manos entrecruzadas, y soñó.

Era una noche silenciosa, un mes de Mayo. Después de la cena, en tanto jugaba á carambolas el duque, su marido, con un diplomático alemán, había perfumado su soledad con música de Schumann; pero la noche era profunda, y las notas líricas la herían demasiado en el corazón y en toda su deliezeza sensible.

Pasó al billar. Las pantallas verdes vertían la luz sobre el tapete limpio y obscuro, sobre las bolas, netas y brillantes. El resto de la habitación quedaba en penumbra. Lacónicos, deferentemente correctos, se invitaban mutuamente y jugaban con tacto y precisión, silenciosos.

Pasó á la *serre*, veranda en aquellos días de cálida pereza y de perfume. Se oía el chirriar de la tiza en los tacos y el golpe claro y seco de las bolas. La marquesa, abandonada en una butaca de mimbre austriaco, volvió los ojos á la noche.

Un muchacho, modesto, bien parecido, con rostro inteligente, el hijo del administrador, llegó con una carta para el marqués, y leída que fué dejaron la partida y apercibiéronse á salir.

La marquesa despidió al huésped con gentil naturalidad, y volvió á quedar ensoñando. El hijo del administrador había quedado á distancia, respetuoso.

Un reloj dió las once, lejano. Siempre hay un reloj que suena solemnemente en medio de la noche cuando el aire es cálido, la delicadeza de una mujer se estremece con las notas de Schumann y admira en silencio respetuoso un hombre joven, aunque sea hijo del administrador.

La marquesa sintió que un calor de lágrimas inexplicadas le rebosaban del alma soñadora.

El muchacho le hubiera dicho: «¿Lloras?»; pero era el hijo del administrador.

—¿Llora usted, señora marquesa?

—Lloro, sí, Tomás.

—¿Por quién?—preguntó audaz.

—Por mi vida...

El órgano calló y la marquesa dejó sus añoranzas. Hacía de aquello treinta y dos años. ¿Cómo pasaba el tiempo, Señor!

Afortunadamente no se había perdido en vano: contemplaba al hijo y se enorgullecía maternalmente al verle con la capa de blanco crema, elegantísimo, marchando firme al son de sus espuelas de oro.

El actual administrador, allá junto á la pila del agua bendita, modesto como siempre, sentía asimismo íntimo orgullo: treinta y dos años ya... ¿Cómo pasaba el tiempo!

Manuel Abril.



Renglones de una excéntrica.

Hoy tenía yo una cita en el Retiro con un amable teniente que desea rendirseme con armas y bagaje; pero como la obligación es antes que la devoción—yo rindo culto á los uniformes con todo lo que llevan dentro—desdénando la ocasión que se me presenta de contender con un admirador adorablemente

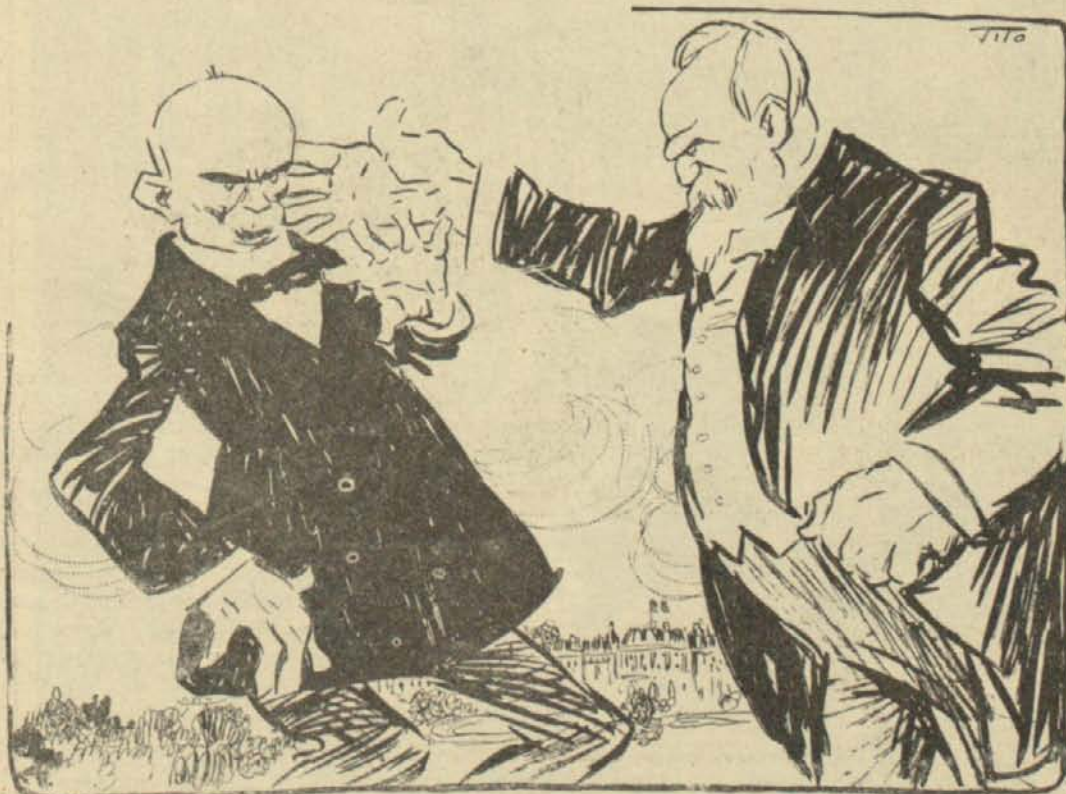
te armado cumpliré mis deberes profesionales hablando de la capa del empresario.

A veces «debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor», dice un refrán castellano. A veces—parodio yo—«debajo de una buena capa se esconde un mal empresario». Que es peor que si se escondiese un rocín. Porque los rocines prestan servicios útiles á la humanidad, tales como no tener ideas propias y transportar vehículos acertadamente, en tanto que entre aquéllos los hay que si se encargan de arrastrar el carro de Thalia ponen en peligro la seguridad de la musa.

Una de las capas de empresario que más sorpresas reservan al público es la de don Enrique Arregui. Aunque sólo asomen dos pies bajo sus pliegues ondulantes, más de una vez me ha asaltado la duda de si el dueño de Apolo contará con más medios de apoyo que los que razonablemente caben suponer en un hombre, por muy Arregui que sea.

Porque ¿no es extraño que un bípedo se queje de la falta de personal para la limpieza de la catedral del género chico existiendo monaguillos tan despiertos é inteligentes como Eduardito Zamacois, Emilito Carrère, Ceferinito Avecilla, Federiquito Sanchiz, Pedrito de Répide, Tomasito Borrás, Cristobalito de Castro, Pepito Francés, Ceferinito Palencia Tubau y Adelardito Arias, entre otros varios? Tened la completa seguridad de que ellos dignificarían el género con actos bellísimos, donde el arte asomaría sistemáticamente del brazo de Don Sentido Común, haciendo olvidar al mundo que el coliseo de la calle de Alcalá no es va sino un amplio corralillo donde hacen pis-pis algunos respetables besugos que demuestran el absurdo de que se puede estrenar en teatros de primera categoría sin conocer á la señorita Gramática más que de oídas.

Ciertamente que con zarzuelas como *La canción de la farándula*, de Carrère, y *Los majos de plante*, de Répide, llenas de encanto poético ó de sabor goyesco, que dejan en el ánimo del espectador una inefable sensación de dulzura y bienestar, no se regodearían la aristocracia del fogón, la soldadesca, ni la chusma fiera, como con esas elucubraciones de Mihura y Moncayo en que la Vidal baila invariablemente el garrotín



Poincaré á Clemenceau: —A falta de Pams buenas son tortas.

dando la sensación de un camión coreográfico y sale la Isaurita dando voces entre dos piedras feroces; pero el público sano que hoy se abstiene de visitar Apolo por prescripción facultativa, acudiría gozosamente á saborear las exquisiteces del poeta de los ojos africanos ó del eramerado de los majos.

Asusta pensar que en estos últimos tiempos salvo *La suerte de Isabelita*—¡ve Gregorio!—y tres ó cuatro cosas más, no se hayan estrenado en el coto de Arregui más que producciones lamentables, hijas de cerebros averiados, más indicadas para figurar en un frasco de alcohol que en el escenario de lo que debiera ser casa solariega de los pobres muchachos más arriba citados. Es vergonzoso que el empresario de Apolo celebre aquellarre con autores medicres volando la noche del sábado con Mihura y Moncayo en la misma escuela, cuando la resurrección de ese género chico que, según él, agoniza, podrían llevarla á cabo si él se lo pidiese á Carrère, Zamacois,

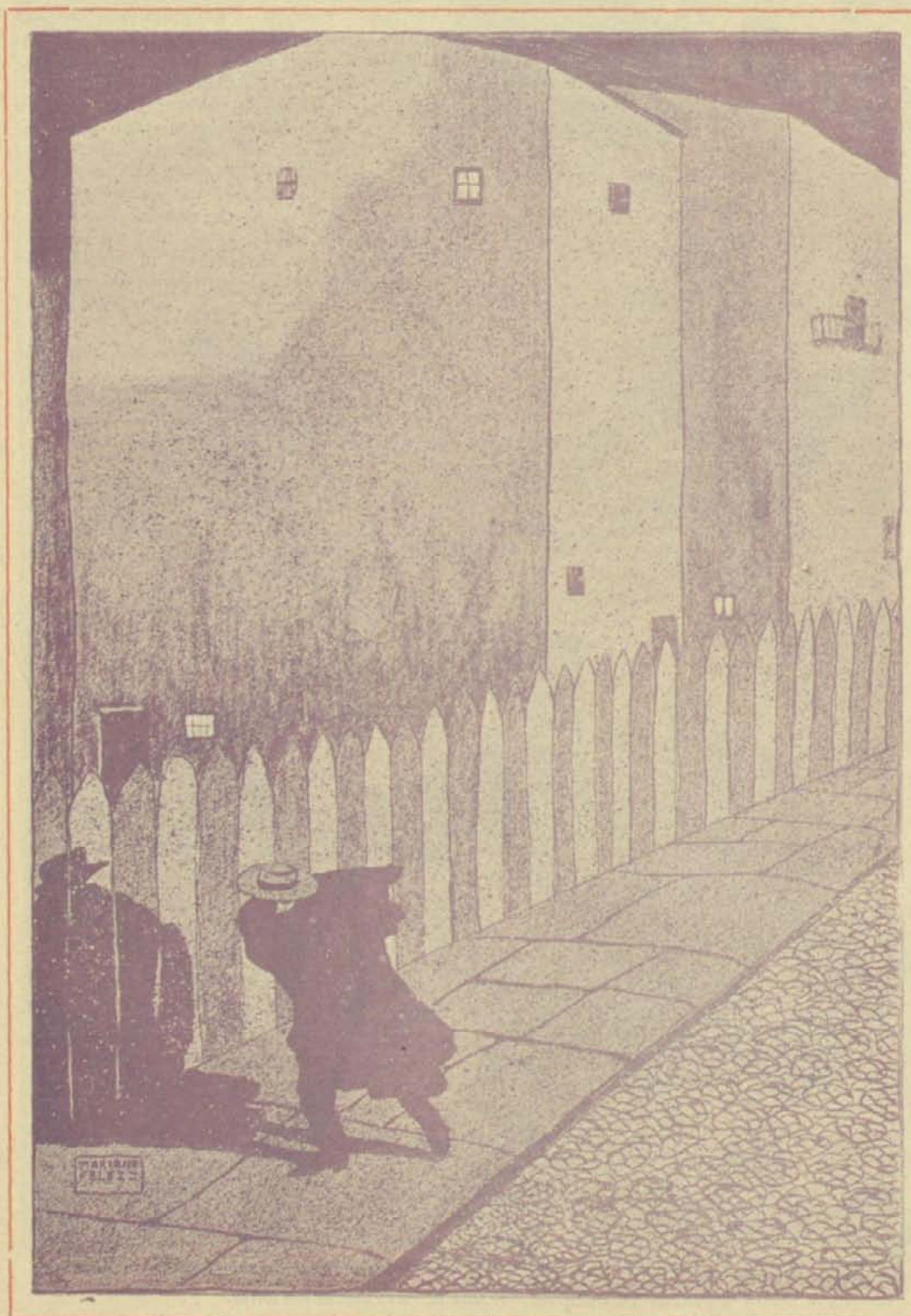
Avecilla, Borrás ó Cristóbal de Castro..., que por ser jóvenes y tener entusiasmo serían excelentes galenos para el infeliz paciente, intoxicado por las drogas de cuatro cínicos desencerebrados.

Sin embargo, D. Enrique no obra así, y lejos de intentar aproximarse á la juventud literaria si alguien se presenta con una obra razonable bajo el brazo, la rechaza rotundamente.

Esto en cuanto á los libros, que en lo referente á las partituras ¿ustedes han oído en Apolo, de cuatro años acá, algo que no sea un chin-chín? Reñido ó distanciado Arregui de Vives y Serrano, parecía lo natural que recurriese á Teodoro San José ó á Conrado del Campo, por no citar más. Sí, sí. Jiménez—agotado—por arriba; Calleja—demasiado frívolo—por abajo, Foglietti—sin importancia—por delante, y Quinito—*d-modé*—por detrás.

Claudina Regnier.

El Tenorio del barrio.



¡Cie gracia! Que le dé á uno perras la Nemesis y bisteques la Julia pa que se lo saque á uno too la Celipa.

Diálogos inútiles.

La capa y el gabán.

UNO.—¿Seguimos?

OTRO.—*Encogiéndose de hombros*.—Sigamos.

Andan un rato en silencio, á lo largo de la verja del Ministerio de la Guerra.

El reloj del Banco ha dejado caer tres campanadas. Es una clara, fría, madrileñísima tarde de Enero. Y á las tres de la tarde, cuando hace sol y ya se ha tomado el café segundo cotidiano y no hay corridas de toros el madrileño vacila un momento en lo que podía hacer, en lo que debía hacer y en lo que no quisiera hacer.

Acaba por elegir lo último, y pasea tranquilamente fumando un puro (el precio es lo de menos), y discutiendo con un amigo, de política, de mujeres ó de toros. El caso es perder el tiempo.

Los dos amigos han llegado á la entrada de Recoletos. Los árboles tienen quiméricos retorcimientos de ramas desnudas bajo el cielo azul. Por el paseo van y vienen algunas muchachas cursis y las mamás sonrientes bajo sombreros lamentables.

UNO.—¿Seguimos?

OTRO.—*Encogiéndose de hombros*.—Sigamos.

A las tres de la tarde de un día de invierno, cuando hace sol, se ha comido bien y llevamos un puro entre los dientes es casi una voluptuosidad sexual encogerse de hombros y seguir los rumbos ajenos.

UNO.—No se siente el frío, ¿verdad?

OTRO.—¿Yo?... Ya ve usted: voy des-
embozado.

UNO.—¡Calle! Es verdad... Ahora me fijo en que viene usted capado.

OTRO.—¡Hombre!... Me parece un poco fuerte...

UNO.—No hay en mí la menor intención de molestarle. Es el contagio embrutecedor de ciertas obras teatrales.

OTRO.—¿Y quién le manda á usted ver *Trampa y cartón* ó *Las cacatúas*?

UNO.—*Se encoge de hombros*.—Amigo mío, para arrepentirse de las tonterías es preciso hacerlas antes.

OTRO.—Es preferible que las hagan los demás y no molestarnos en verlas.

Siguen andando en silencio. Al atravesar una calle se detienen para dejar paso al tranvía de Salamanca.

El OTRO estornuda. El UNO se ríe.

OTRO.—Gracias. En vez de decir «Jesús» se ríe usted.

UNO.—No me río del estornudo, sino de la capa. Ha querido usted ser castizo y ya lo ve: se ha constipado. En cambio yo... (*Hunde complacido las manos en los bolsillos del gabán. Es un gabán modernísimo, con ancha trabilla, con inflada espalda, muy corto y peludo, color de caramelo.*)

OTRO.—*Embozándose por si acaso*.—En cambio usted tiene un tipo ridículo. Parece mentira que á sus años se vista como uno de esos titis del Príncipe Alfonso, que van al cine á prostituirse con las tobilleras desvergonzadas y aristocráticas. Estos gabanes de ahora, afeminados y absurdos, parecen hechos para esa clase de mocosos. Y mientras tanto la capa, la prenda española, la que...

UNO.—¡Alto, amigo mío! Sensiblerías, no.

OTRO.—Si no son sensiblerías, ¡jinojo!... Es la pura verdad. La capa española ya no se ve más que en los cuadros de Zuloaga. Ni los toreros la usan. Vicente Pastor lleva gabán. *Machaquito* se retrata vestido de *smoking*. Ni en los barrios bajos siquiera: zamarras, pellizas, y el que menos, una bufanda de esas que ahora llaman de los Pirineos. No, no hay cuidado que hoy día se amotinara el



- Ahora sale el alcalde conque no bagamos el paseo. ¡Y pa aseó el de este pueblo, que no tiene fuente pública!

pueblo contra Squilache por su impuesto sobre la airosa capa grana del manolo...

UNO.—Es usted retrógrado. Todo cambia, todo pasa. Fíjese en el paseo de coches. A cada carruaje arrastrado por caballos corresponden seis ó siete automóviles. Dígame cuántas capas ve usted, y en cambio pruebe á contar los gabanes cortos y con trabilla. Eso dice algo.

OTRO.—¡Ya lo creo que dice! Además, usted se equivoca. Cree que yo soy uno de esos españoles cómicamente patriotas que hablan de españolizar á Europa é imponer las

corridas de toros sobre el boxeo inglés, la lujuria francesa, los gorgoritos italianos, los azotamientos rusos y las borracheras germánicas... Nada de eso. «Donde persiste la capa ahí la cata». Todavía nos queda, mejor dicho, nos nace, algo más que patriotas vocingleros políticos, ramera y niños que vayan á los cinematógrafos del Príncipe Alfonso y Benavente á hacer porquerías innobles. Lo que yo quiero decir, amigo mío, es que la capa es una prenda bonita, airosa, que tiene un rancio abelengo en todas las naciones. En

todo idioma tiene su nombre: *manteau*, *mantello*, *cloak*, *ueberschug*, *mantelo*.

UNO.—¿Y esa palabra última, de qué idioma es?

OTRO.—*Muy serio*.—Del esperanto.

UNO.—¡Pobre amigo mío! Hasta sabe usted esperanto.

OTRO.—Usted se ríe con las cacatúas, ¡ji-nojo! Cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo.

UNO.—«Al que veas con capa de lamparilla por Navidad, no le preguntes cómo le va.»

OTRO.—¿Por qué dice usted eso?

UNO.—Por nada... Usted que sabe incluso el esperanto debe conocer el significado de un refrán bien castellano, por cierto de un...

OTRO.—Lo conozco, pero no me explico la oportunidad actual. Precisamente la gente que necesita dinero para jugarlo ó para ir á los toros lo primero que hace es empeñar la capa.

UNO.—No las toman. Son como los relojes. Están llenas las casas de préstamos.

Se encuentran en lo alto de la Castellana, frente al monumento de Castelar.

OTRO.—Vea usted. Ahí tiene un bello ejemplo, amigo mío. Dígame dónde hay mayor grandeza. Si en la levita de Castelar ó en esas togas núbias, de pliegues airosos, que evocan la gentileza de la palabra, la gracia señorial de los ademanes y el limpio curso de la inteligencia...

UNO.—Algo desconcertado. — ¡ Hombre! ¡ Le diré á usted!

OTRO.—No me puede decir nada. Eso no es español, no hace falta sacar á relucir el casticismo, ni el misticismo, ni las pataratas románticas ó caballerescas. Las togas palmadas y lacernas de los romanos, como el himation y la clámide de los griegos, los ferruuelos de...

UNO.—Basta, amigo mío, basta... No hay nada que me moleste tanto como la erudición después de comer.

Andan un rato en silencio. Frente al monumento de Isabel la Católica el OTRO siente tentaciones de hablar de las capas y mantos del siglo xv, pero no lo hace. Y como en aquel momento pasa lentamente por delante de ellos una ramera elegantísima dentro de su landaulet eléctrico, hablan de mujeres los dos amigos. Después hablan de política, luego murmuran de los compañeros de café y de oficina. Por último caen en ese epílogo de toda conversación española: los cuentos de Carreño. Es muy socorrido hablar de los cuentos de Carreño como en otro tiempo de las agudezas de Quevedo. Se puede recordar y se puede inventar. La mentira es la sal de los chascarrillos.

OTRO.—¿Y aquel cuento de la casa de fuego? ¿Lo recuerda usted?

UNO.—No. ¿Cuál es?

OTRO.—Verá usted: Una vez estaba Carreño en una timba. La noche se le daba muy mal y perdía todas las posturas.

UNO.—¡ Ah! Pero es el de las posturas, lo conozco.

OTRO.—¡ Cállese, hombre! No es ese. Como le iba diciendo, perdía todo lo que

ponía en las cartas. De pronto desapareció y volvió al cabo de un rato con dos duros. «¡ Ju... ju... ego! » Y los puso en una sota de copas muy favorecida por el dinero de los puntos.

UNO.—Perdería.

OTRO.—Naturalmente. Volvió á desaparecer del garito y volvió á aparecer con otros dos duros, que perdió también. De nuevo salió de la casa y de nuevo apostaba dos duros que perdía nuevamente. Así toda la noche, hasta que cerca ya de la madrugada perdió dos duros y quedó inmóvil viendo jugar á los demás y con una tranquilidad envidiable. « ¿ Qué, Carreño? — le preguntó el banquero. — ¿ Se acabaron los duros? » — « No, respondió Carreño. — Lo que... que... se acaba... ba... ba... ron son las ca... ca... pas. » Y echó sobre la mesa un montón de papeletas de empeño. Todos los jugadores se lanzaron precipitadamente al guardarropa. El guardarropa se había trasladado á una casa de préstamos que había enfrente al garito.

El UNO se ríe discretamente, un poco inquieto porque ve aparecer de nuevo el tema de las capas.

OTRO.—Ahí tiene usted. Eso no hubiera sido posible hoy día. Porque un gabán no es como una capa, que sirve para todo el mundo.

Llegan á la Gibeles. Se detienen.

UNO.—¿ Seguimos?

OTRO.—Sigamos.

Continúan hacia la Puerta del Sol. En el reloj del Banco suenan las cinco de la tarde. Empieza á ponerse el sol.

José Francés.

El capote de paseo.

Oro y grana
tiene tu urdimbre galana,
y al dar tus pliegues al aire,
compendias todo el donaire
de la tierra sevillana.

Cada vez que te ilumina
el sol del cielo andaluz,
vierte sobre tu esclavina

peregrina,
un mar de flores de luz.

Eres vivo pabellón,
y, á tu paso,
tiembla el pueblo de emoción,
y palpita un corazón
bajo tus galas de raso.

Cuando la voz clamorosa
del clarín llama á la fiera,
te cambias en mariposa
luminosa

sobre la contrabarrera.

Y al tender
tu oriflama, llega á ser
tu destino el más feliz,
porque ofreces un tapiz
al brazo de una mujer.

Mujer de rostro moreno
y agareno

que te besa con los ojos
y que en ti reclina el seno
bordado en claveles rojos.

Mujer que, loca de espanto,
al ver que tu dueño rueda,

llora tanto
que va engarzando su llanto
en los hilos de tu seda.

Mujer que, si ve concluida
la corrida

sin las notas de un lamento,
lanza tus alas al viento
como un cántico á la vida.

Eres crespón de dolores;
eres túnica de amores,
y eres mágico tesoro
dando al aire tus colores
grana y oro.

G. González de Zava'a.

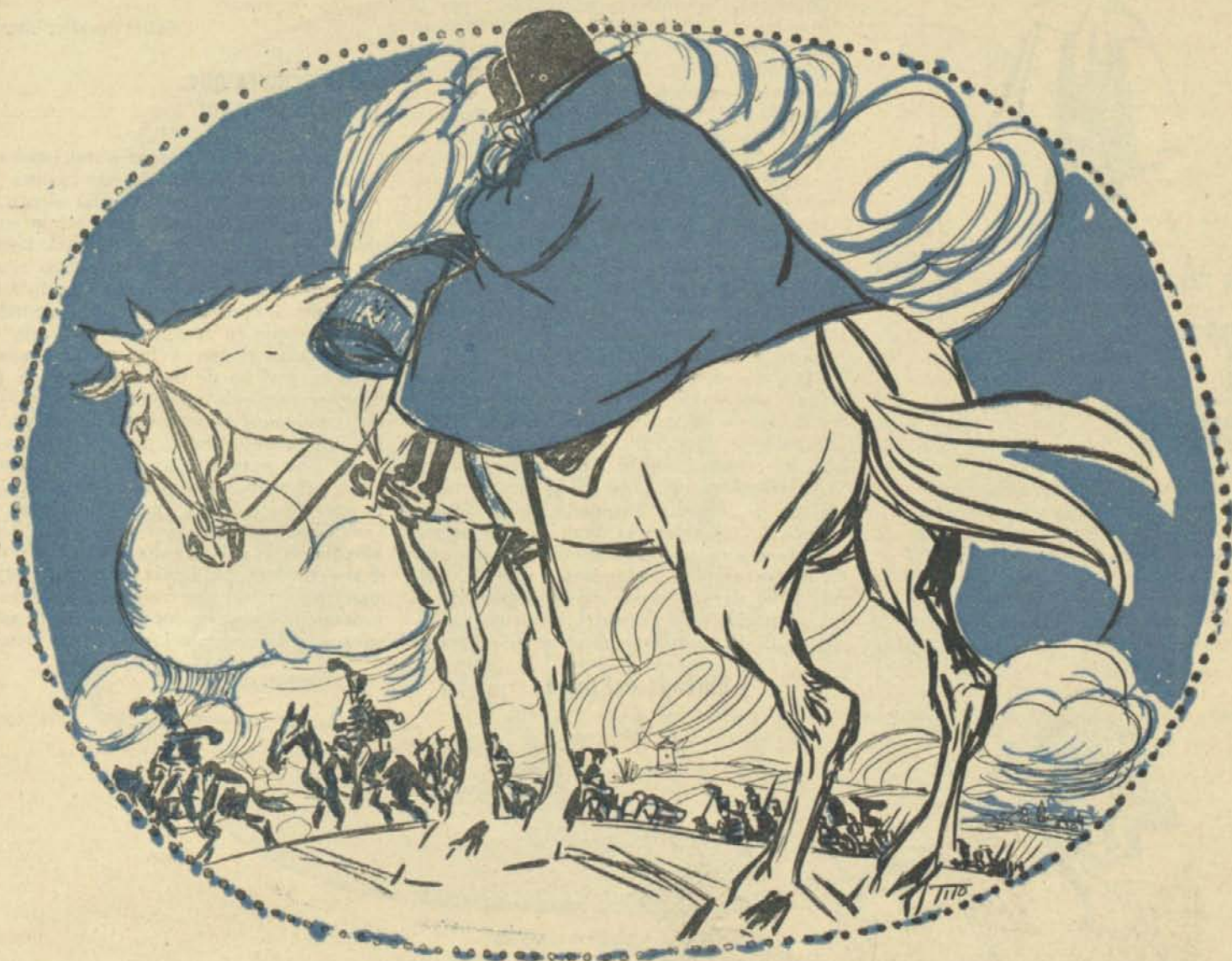
La capa del Corregidor.

Dibujo de Marín.



No es nada... Un hombre muerto
puede el baile continuar.

La capa azul de Austerlitz.



La mañana de Ulm, Marengo, Postdam, Wagram, Austerlitz... La Gloria estaba fatigada.

Entre el Aguila de las Victorias y Napoleón se tendió la nube negra de las tristezas errantes; la aguja magnética de la caravana napoleónica se despolarizó y quedó inmóvil señalando á la isla de Santa Elena.

La pequeña isla del Atlántico soportó un día sobre sí, sin rajarse, el cadáver de Napoleón. Y asegura la Histeria que el cadáver llevaba por sudario la gloriosa capa azul de Austerlitz.

Bueno. Lo anterior ha sido una broma. A mí no me importa nada el cadáver de Napoleón. Me alegro que el corso genial no sea mi contemporáneo, porque á juzgar por la historia de sus tempestades, su vecindad debía ser más molesta que veintiocho organillos.

Como todos los días no se ofrece la grata ocasión de molestar á un muerto, yo me complazco en remover las cenizas del amigo Bonaparte, al cual, en confianza, desde hoy le llamaremos *Napo*.

En esa tragedia en varios actos que empezó en el sitio de Tolom y acabó sobre la espuma del Atlántico, casi todos los nombres son de una gran belleza eufónica.

Edmundo Rostand y Gabriel D'Annunzio podrían poner al frente de poemas suyos títulos tan sonoros como los que dió Napoleón á sus batallas. Y los mismos mariscales del emperador ostentan nombres orquestales.

La vida de Napoleón es un poema sinfónico.

Tolom, Ulm, la bella Italia.

La batalla de las Pirámides y Kleber en el Tabor. Austerlitz, el mariscal Ney, San Juan de Acre; la Granja de Waterloo, la retirada de Rusia ante el panorama incendiado, cegador de Moscu...

Es muy hermoso todo esto. Y me extraña que el empresario en delirio del circo hipódromo de Nueva York no se haya gastado ya tres ó cuatro millones de dollars en llevar á la escena el poema napoleónico.

Hecho en grande este alarde escenográfico, es seguro que se formarían caravanas en los países latinos para presenciar la ficción de esa zarabanda de gloria guerrera que á todos los hombres de hoy nos tiene todavía un poco desconcertados.

Napoleón es casi un contemporáneo nuestro. Y sin embargo nosotros lo vemos allá en la época de los grandes tiranos de Asia.

La figura del corso tiene tal fuerza de leyenda que yo la he visto representada, en las tablas, por un animal que era zapatero en mi pueblo, y no pude reirme.

El vendedor de ostras de la calle de la Cruz se parece mucho á Napoleón, y me impone. Por eso cuando compro ostras me tiemblan las carnes... de gusto.

Total: que por todo lo dicho me encaro con el aspecto de Napoleón, y tendiéndole los cinco churros que tengo por dedos, le digo:

—Choca ahí, barbián. Que tú en este pijetero mundo has hecho lo tuyo. ¡Camará en el terremoto!

La capa azul de Austerlitz es el lábaro para Napoleón vencido.

Si todos los generales dignos de todas las

razas pudieran guardar para sudario, después de una derrota, la capa de Austerlitz!

El general ruso Stoessel, el rendido en Port-Arthur, fué enterrado sencillamente porque en el guardarropa del manicomio no tenían colgada, como mortaja, la capa azul de Austerlitz.

La dignidad es un explosivo. Ella fué la que volvió loco al pobre general ruso, á aquel que, si se rindió en una plaza fuerte de su patria demostró su valor personal paseándose sobre los baluartes desafiando el fuego enemigo. Por su estatura y su uniforme los japoneses le llamaban «el fantasma blanco».

Y el fantasma se rindió, y luego enloqueció de dolor.

Yo he capitulado algunas veces y no me he vuelto loco todavía.

Cuestión de temperamento.

Bueno está. Hablando de otra cosa. En la actual situación de la política española nadie tiene derecho á permanecer neutral.

—¿Usted que es, anarquista? Allá usted. Pero me parece que no va usted á tener razón.

La juventud, que no cree en los monstruos, porque se sonríe de ellos, ha vuelto la cara con simpatía hacia Romanones. Eso es el hombre.

A todos los éxitos de este conde, más listo que una brasa, hay que añadir uno más definitivo, redondo: mi ingreso en el partido liberal. Soy romanonista á cualquier hora. Enhorabuena, conde, y á ver lo que hacemos con Roma.

Prudencio Iglesias Hermida.



La capa del español en París.



La capa del español en París tiene una elegante arrogancia y un garbo como en nuestras calles de Madrid los tendrían a diario un jaique y un turbante morunos... Allí, en París, la capa es un rasgo señorial y gentil de indumentaria, un retraso de la civilización, un monumento, como las momias faraónicas o los menhires bretones...

El español en los bulevares de París es una planta exótica, trasladada allí por un milagro. Del *trottoir* sube la alegría de los crepúsculos parisinos a las terrazas de los cafés; en el aire se masca esa sutil e inque-

tante lascivia parisién—que es algo como la sal de las civilizaciones superiores, de las civilizaciones depuradas por el dolor, por el cansancio y por el tedio, *ce montre délicat*, como diría Baudelaire—que hace reventar como cálices de flor, los púrpúreo, botones de los senos femeninos; todo en torno de una sensación de plenitud de vida y de placer.

Y el español pasa altanero, arrogante, desdenoso, *l'oeil hagard*, la mirada añorante de sordidas callejuelas de su patria, con su capa nacional airosamente embozada.

En la pupila lleva la visión de las retuertas y moriscas encrucijadas de Sevilla, de las pinas y sucias calles de los barrios bajos de Madrid, de las sombrías ruinas de Córdoba, con sus patios románticos con fuente en medio, que tan bellos fondos de cuadro han sabido inspirar a mi amigo Julio Romero.

¡Oh, el español en París!... Un pintor belga contemporáneo, Henri Evenepoel, ha fijado este momento inquietante en un cuadro admirable y velazqueño, *L'Espagnol à Paris*, que se conserva en el Museo de Gante...

Allí veis al español solo, en primer término, alejado de la banal baráunda, de la frívola alegría de los bulevares, con los ojos negros y profundos mirando al horizonte, reconcentrado en los propios pensamientos y en la nostalgia del terruño natal, con el embozo de la capa recogido con la mano izquierda, señorial, gallardo, patricio, mientras en el cielo

pálido de la tarde se dibujan, melancólicamente borrosas, las cervantescas aspas de un molino de viento...

Andrés González-Blanco.

De la ventura que tuvo Don Gaspar.

Tuvo nombre D. Gaspar Vandejasen de ser el más famoso galanteador de cuantos vinieran con aquella invicta coronelia alemana que bajo la enseña del conde de Lodrón trajo el duque de alba a la empresa contra Portugal. Y de tan discreto gusto y amplio acomodo era nuestro hidalgo que igual se empleaba en enamorar a opilada dama, toda melindres y sutilezas, que en requerir, á lo bravo, á zafias villanas y aun á las sueltas mozas de partido, y si ha de darse crédito á la fama, más se complacía en estos fuertes y sazonados condumios bodegoniles que no en aquellos almibarados platos, propios de mesa principal. Que eran sus tragaderas, en punto á amor, tan anchas como sus gregüescos, y cuenta que éstos no tenían menos de cuatro varas castellanas en ruedo, por hallarse D. Gaspar afligido de la más desaforada panza y descomunal gordura que jamás se cobijara bajo los marciales arreos; que érale de no poco estorbo y desazón, no ya en los lances de la guerra, en que la ligereza de los pies suele remediar

La capa del majo.



El Majo para su capa.—¡Goya! ¡Goya! ¡Empezó de pintor y acaba de cupletista! ¡Se afrancesa también!



La gloria de Mula. — De capa caída.

la flaqueza de las manos, sino también en los más deleitables lances amorosos, que no poco se facilitan con la gentileza y buen aire de la persona.

Mas con todo y no ocultándosele cuán ocasionado era su mal talle y disposición á ser tomado á burla y chanzoneta no podía irse á la mano en la blanda condición de su ánimo, siempre inclinado al galanteo.

Dar, pues, en Sevilla y sentir aguijada aquella su afición, por el estímulo de la hermosura y discreción de las sevilanas fué todo uno, con lo que D. Gaspar entregóse á importunar rejas y á rondar balcones con tantos papeles, músicas y suspiros que en poco tiempo hízose notar de extremado en ello.

Mas érale adversa la fortuna en todas sus empresas y donde únicamente imaginábase lograr buen acogimiento fué en cierta casa del Alcaicería en que asentaba sus reales la más gentil morena que hubo jamás en el barrio. Púsola estrecho cerco D. Gaspar y á fuerza de importunarla con toda suerte de porfías creyó ver en los parleros ojos de la andaluz un cierto atisbo de esperanza; con lo que determinóse á no cejar en su asedio hasta alcanzar el favor de quien tan fuera de sí le traía; y en la prosecución de su intento hallábale la aurora frente á las rejas de su adorada y allí le sorprendían las sombras de la noche, en modo tal que á poco no hubo en el barrio quien no le conociera.

Mas, nadie mejor que los despiertos y atezados mozalbetes, que en grandes bandadas ejercitábanse libremente por calles y plazuelas en tirar la honda y acuciar y perseguir canes, dando con ello clara muestra de la esforzada inclinación de sus generosos pechos,

quienes dieron en la flor de seguirle los pasos por doquiera que iba y en ello ponían no menor empeño que si su guarda y custodia les fuese encomendada: y llegado que era D. Gaspar á puerto, que no menos antojábasele las rejas de su Isabel, quedábanse ellos á no gran distancia formando rueda y contemplábanle en muda admiración con un dedo de la sucia y gordozuela mano dentro de la boca ó en otro más alto agujero, en tanto que con la otra mano dábanse vueltas á los malos y escasos botones de su jubón.

Amedrentábalos á veces D. Gaspar, yéndose á ellos en fiera actitud y con airadas voces, y huían en efecto, mas apenas pasaba la tormenta, y cuando ya él se creía en quietud y pacífica posesión de la calle, el uno por aquí el otro por acullá, volvían de nuevo á su contemplativa actitud, renovándose periódicamente á guisa de centinelas. Hubo de hacer pues, de tripas corazón y aun llegó á pensar que acaso los tales mozalbetes pudieran serle de provecho para sus intentos; y dando en ello llamó un día al que imaginó más discreto y llevándosele aparte contóle de pe á pa todos sus secretos amorosos: estúvole oyendo atentamente el mozuelo, mas cuando acabada su relación pasaba nuestro hidalgo á proponerle el cargo de parlamentario dió aquél media vuelta, tomó carrera y perdióse entre sus compañeros. Llamó D. Gaspar á otro y aun á diez ó doce y en todos halló la misma repulsa á aceptar la honrosa cuanto ariesgada comisión hasta que últimamente dió con uno que, más despreocupado ó interesable, prestóse á desempeñarla, á quien dió, amén de varios escudos un pequeño envoltorio cuidadosamente dispuesto. Mas apenas el mozuelo húbese

apartado de él, cuando sintió nuestro hidalgo un ruido metálico sobre sí y un frío repentino en todos sus miembros y levantando los ojos por ver de dónde tan impensadamente caía aquella lluvia vió en una renegrida ventanucha que encima de él se abría, el más ingenuamente compasivo rostro de vieja desdentada que jamás soñara, la cual tras santiguarse devotamente por dos veces díjole reposadamente: «ay, Jesú, perdónese su mersé, que me había paresío un toné y por eso vorqué er dornajo.» Y cerrando de golpe el ventanuco, dejóle corrido en la calle, haciendo la más lastimosa figura que imaginarse pudo.

A la noche, D. Gaspar, poco menos que pegado á las rejas de su Isabel, veía cómo ésta, rodeada de sus hermanillos, iba sacando de la ancha cazuela, que en medio de la mesa campeaba, cucharadas del sabroso salpicón ó de fresco gazpacho, y antojósele que la esquivaba seviliana mirábale atentamente de tarde en tarde, y aun creyó percibir en sus labios una medio sonrisilla sutil que él tomó por de buen agüero con lo que dió al olvido el remojón de poco antes y aun lo tuvo á suerte; mas cuando no dudó de que sus cosas se encaminaban ciertamente á buen término fué, al levantar de los manteles, viendo que Isabel le hacía una discreta y muy gentil seña como de que aguardase; seña que él tuvo por tan determinado favor que luego al punto retiróse á rumiarla con la detenida consideración que el caso merecía, y quitándose de la reja arrimóse á la puerta que ya á tales horas hallábase cerrada. Y absorto en sus pensamientos hallábase nuestro afortunado galanteador cuando abrióse de improviso la

LA PIANOLA



no es un aparato puramente mecánico, como algunos suponen sin conocerle, por creer Pianola á todos los aparatos tocadores, y no es así, puesto que Pianola sólo se llama al aparato fabricado por The ÆOLIAN Company.

CERTIFICADOS

Todo aquel que desee oír tocar el piano de una manera impecable debe comprar una PIANOLA.

I. J. PADEREWSKI

Considero el METROESTILO indispensable al PIANOLA y he indicado mi interpretación en varias composiciones con mucho interés.

Ya conocen ustedes mi opinión sobre el Pianola, pero tengo mucho gusto en decirles que el nuevo PIANOLA-METROESTILO es aún más notable.

I. J. PADEREWSKI

::::: Salón ÆOLIAN--R. CAMPOS :::::

Calle de Nicolás María Rivero. 11.--MADRID

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado X se envía gratis á quien lo solicite.

puerta en que se recostaba, poniéndole en trance de medir el suelo con las costillas, y unos brazos membrudos asíéronle fuertemente por ambos lados, de forma que vióse impedido de mover pie ni mano, y llegándose á él una gentil sombra de mujer, que conoció ser la de Isabel, cogióle una tras otra ambas orejas y estuvo estirándoselas un buen espacio de tiempo, y acabada que fué esta tarea, que al parecer mucho le divertía, sintió cómo se las taladraba con unos á modo de agudos herretes por la parte del pulpejo.

Y sólo entonces logró desasirse de las fuertes ligaduras que le sujetaron, á tiempo que la puerta se cerraba y resonaba tras ella un jubiloso coro de carcajadas que hicieron montar á los carrillos del hidalgo toda la noble sangre que le alentaba, y le indujeron á alejarse prontamente de tales sitios con el alma traspasada de la ingratitud de su amada.

Y llegado á su posada requirió una vieja rodela que en ella guardaba y allí vió reflejada la marcial apostura de su rostro, que encuadraban las magníficas arracadas de que él había hecho regalo á Isabel, y que á no dudar por tan claras señales no debieron ser del gusto de ésta, pues de tan delicada manera se las devolvía.

Cárlos Hernández de Herrera.



EX-LIBRIS



Nosotros amamos al Rey.

Y he aquí que hemos sentido una leve indignación al ver días pasados en el A B C una desconcertante caricatura de Sileno.

Nosotros hubimos de creer por un momento que equivocadamente habíamos tomado *El Motín* entre nuestras manos. Pero no, no... No era *El Motín*, aunque lo pareciese. Era el A B C.

Y pasamos y repasamos la vista nuestra por el desconcertante dibujo. Y leímos una y otra vez «Cosas de chicos». — «Cosas de chicos». Y pensamos: —Pues señor, esta caricatura ó es una tontería ó es el más estúpido caso de maurismo que puede imaginarse. Para el colega, al que siempre tuvimos por ferviente monárquico, no significa nada el respeto á la más alta jerarquía al lado de su adhesión á D. Antonio, que es una especie de Pablo Iglesias vuelto del revés.

Decididamente, el colega se ha empequeñecido.

¡Aleluia! Dése por no escrito lo que precede. Ahora nos dicen que el Sr. Luca de Tena ha renunciado su senaduría.

Es una resolución que le honra.

Era senador monárquico.

Y ahora volverá al Senado cuando Maura sea emperador.

Porque le tira el trono, ¿verdad?

Nuestras conversaciones:

En verano, el cólera.

En primavera, la cogida de Machaquito.

En la cuesta de Enero (cuando nadie tiene dinero para comprar sellos) la conveniencia de escribir á Stockolmo pidiendo el premio Nobel para Galdós.

Y ni nos da el cólera, ni á Machaquito deja de cogerle el toro, ni á Galdós le conceden el premio.

No somos nadie.

Bueno.

Ustedes ya sabrán que el primer dramaturgo europeo—hablamos de Benavente—se ha ido huyendo de sus tertulias madrileñas para escribir el discurso de recepción en la Academia.

Nos parece muy bien.

¿Y D. Ricardo León?

¿Por qué no se da también una vueltecita por Europa?

Le convendría airear un poco el estilo y enterarse de que no sólo de arcaísmos vive el escritor contemporáneo.

Y para el renacimiento español no basta con figurar en el catálogo de Renacimiento.

Madrid tiene en sus madrugadas de día de fiesta un aspecto caricaturesco muy divertido.

Antes sólo se tropezaba uno con los cazadores y sus viceversas los perros.

Ahora dejan estupefactos á los traperos y á las beatas de misa de alba los alpinistas.

Un alpinista con *skis* al hombro, calcetines en la cabeza y las manos y una mochila en la espalda, tiene mucha gracia.

¡Qué lejanos los domingos en que se jugaba á las prendas y á la lotería ó se bailaba un vals *bleu* en una cándida reunión cursi!

Ya no se juega á prendas, ya no se baila el vals *bleu*, ya no se ensayan obritas de los

Quintero para representarlas ante las familias respectivas.

Los trenes-tranvía á Segovia y á Avila tienen la culpa.

Porque los guadarramistas lo han tomado en serio.

Y algunos hasta se caen.

El amor cambia con las latitudes.

En esa región encantadora de los «cow-boys» (no confundirlos con los «boys-scouts», que todos los domingos salen á cazar mariposas y pulmonías más allá de las Ventas) ha ocurrido una cosa estrependa.

Dos mozos han cazado á lazo á una moza. Pero sólo uno de ellos cobró pieza, y ese el que se casó con ella.

¡Oh, dulce tierra de comanches y apaches y de muchachas con simbólicas botas de montar! Os hemos conocido en las películas americanas de casa Edison que tiene un águila por lema, como Pathé un gallo y otras podían tener un burro!

Pero lo interesante no es la tierra, sino el procedimiento de llegar á la boda.

Aquí el lazo está en mano de las mujeres, y además los hombres rara vez soportan más de una cabalgada antes de casarse.

Murió Cánovas.

Murió Cervantes.

De dos inteligencias muertas no puede surgir una inteligencia viva.

Joaquín Dicenta ha estrenado un drama: *Sobrevivir*.

Malo. Malo, el drama.

Ahora sí que no puede decirse lo de «la intención basta».

En *Sobrevivir* la intención es noble, pero como no está sentida, el drama es malo, repetimos.

Menos mal que á propósito de *Sobrevivir* se ha hecho una cosa buena en Madrid: la crónica de Manuel Bueno.

Este hombre se eclipsa por épocas para reaparecer con el mismo poderío mental de siempre.

La crónica vale más que el drama.

¡Titta Ruffo! No, hombre. A nosotros, no. ¿Y Straciarì?

El genio de Titta nos lo ha colocado la

«paella» valenciana. De esta «paella» solamente pudo salvarse el maestro Sorolla.

Por culpa de la tal «paella» tenemos esos monumentos á Castelar y Martínez Campos. ¡Ah!, y el monumento á Goya, que cada vez se halla más incomodado de verse tan ridículo.

Nosotros recordamos á Titta en el brindis de Hamleto, y aquello no era cantar, ni accionar, ni nada. Además ¿qué es eso de presentarse con *Don Carlos*?

No, hombre.

Los Maestros cantores le ofrecen á un barítono todo un papelazo.

Que los cante Titta Ruffo.

Así saldremos de dudas.

Con Titta va á suceder lo que con Gaona: hoy las famosas gaoneras las ejecutan bien los últimos novilleros.

Dios te salve, Gaona ó Ruffo, que para el caso es igual.

Chicharro va á Roma.

Si es el Chicharro de *Las tres esposas* bien está. Pero si es el de *La Tórtola*, que siga atortolado é inmóvil.

Esto quiere decir que es muy malo.

En Roma estará muy bien Benedictus I. (Esto quiere decir Manolo Benedito.)

La capa del camelo.



— ¿Quién es ese embozado?
— Lo ignoro.
— Yo también.

(Pues quedamos enterados.)

Biedma, Fotógrafo
Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

Agua de Carabaña.
Purísima de fama mundial.

EUREKA QUEEN : : :
QUALITY

CALZADO

Nicolás María Rivero, 11

EL GRAN BVFON

Semanario Humorístico, ilustrado en tricolor. - El único en su clase que se publica en España.

SALE LOS SABADOS, CON FIRMAS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y ARTISTAS

20 céntimos en toda España.

Dirección, Redacción y Administración: Núñez de Balboa, 14, Madrid.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España.	Seis meses, 6,00 pesetas; año, 10,00 pesetas.
Portugal.	7,00 francos; " 12,00 francos.
Extranjero.	8,00 " " 15,00 "

Se admiten suscripciones en todos los Centros de Publicidad y en la Administración.
Anuncios en negro y tricolor á precios convencionales.

Partado de Correos núm. 618.—Teléfono núm. 3.760.

